

grentada, las crines batiendo el aire fantásticamente». Y que luego, ante un ademán del bondadoso soldado, se desvanece con esquividad medrosa y reaparece en seguida, «piafando inquieto, moviendo la cola, la cabeza, las orejas». Y nos parece oír, por último, el diálogo que el fantasmal corcel entabla, bajo la luz también fantasmal de la luna, con el valeroso Valeria.

Sobrios y ungidos asimismo de sencillez, los relatos de índole estrictamente militar tienen, dentro de su contenido heroico, peculiares detalles de humano dramatismo, y aun, de intención histórica, tal el relato «La muerte del General Barbosa», el que termina mostrándonos patéticamente que al derrotado general no lo mataron «como un perro», tras la sangrienta batalla de La Placilla, según ha insinuado un despectivo historiador, sino que le mataron «como perros». Le mataron como perros, mientras él, viejo, enfermo y cubierto de heridas, se defendía como león...—G. K.



«EL LIBRO DE KAREEN», por *Enrique Lafourcade*. Editorial Universitaria, Santiago

Como una violeta entre las hojas, este pequeño libro de Enrique Lafourcade se nos había quedado por ahí, entre otros diversos libros; no olvidado ni desconocido, sino como se quedan a veces tantas cosas interesantes, en virtud de su misma importancia. Ahora y de pronto, su pequeño aroma insinuante y persistente vuelve a llegarnos, trayéndonos el recuerdo de esa dulce Kareen desvanecida sin saberse por qué, a mitad del relato. Ha sucedido como si nuestro espí-

ritu hubiese estado esperando su material reaparición para abrirle de par en par la puerta que ella dejó entornada al partir, y decirle de una vez nuestras sinceras palabras de bienvenida.

Bien. Aunque no ha vuelto; aunque no volvió ya, a presidir el abandonado mundo de criaturas del que tan inexplicablemente se desvaneciera, ahora le diremos, le preguntaremos en nuestra imaginación que por qué nos abandonó y abandonó al propio autor antes de terminar la jornada. Le preguntaríamos que qué cosa hizo su creada entelequia en su ausencia sin término, y que adónde fué a guardar misteriosamente y acaso por sobre los designios de su joven amigo y creador Enrique Lafourcade, la poesía azul de sus ojos, la encarnada idealidad de su persona. Le diríamos que a causa de su inocente ausencia, el su enamorado amigo, enfermo de «esas divinas ansias creadoras», comienza, justo allí, en la mitad del libro, a divagar... ¡no ya en torno a tu recuerdo, Kareen, sino en torno a meras divagaciones!

Meras, libres y románticas divagaciones que van mariposeando...; que iluminan y colorean acá y allá múltiples y bellas imágenes, bellos trocitos y bellas escenas en que se entremezclan la sugerencia sutil y el bucólico detalle—muchos de éstos, anacrónicos o inconexos; pero que no desentonan en el clima de fantasía que envuelve al autor—; todo, de real irrealdad. Y, tras de toda esta fantasía, persiste, sin embargo, insiste y se adivina la invisible imagen de Kareen; la dulce y perfumada luz, el obstinado encanto de que dejó impregnados los primeros capítulos del libro. La vemos, a cada instante, como que va a aparecer, en cada página...

Y así termina, neblinosamente poético, poéticamente interesante, este pequeño «Libro de Kareen», el que no es, precisamente, una historia, ni una novellita, ni un poema. Es, diríamos, una hermosa ficción de todo ello...—G. K.



«PROBLEMÁTICA DE LA LITERATURA», de *Guillermo de Torre* Editorial Losada. Buenos Aires, 1951, 366 páginas

El incitante libro de Guillermo de Torre propone en sus páginas introductorias, un nuevo y agudo método para estudiar los fenómenos literarios. El consiste en estudiarlos en su interpenetración con el espíritu de la época en que se dan. «Adentrarnos raigalmente—dice el crítico español—: aquí está sin duda la clave: ver tales fenómenos desde dentro y en sus orígenes, remontando la trayectoria de su curso interior y perforando su atmósfera envolvente. Porque lo esencialmente esclarecedor es la captación de las corrientes, el análisis de las tendencias espirituales y la crítica de las ideas literarias que definen una época» (p. 9). Sentado que las obras literarias «se manifiestan no sólo en una situación espacial definida, sino por una demarcación temporal insustituible; compleja textura de enlaces e implicaciones que constituye el espíritu de la época. El *Zeitgeist* se convierte así en una clave magistral de interpretaciones» (p. 10). Luego de pasar revista a los métodos de investigación literaria vigentes hoy en día (cuya crítica—por de Torre—no me parece siempre acertada ya que no to-